WILBERT WUSYNTH
BAJO
el
HIELO
Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?
GÉNERO: FICCIÓN ESPECULATIVA

Bajo la capa de hielo

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Sinopsis

Cuando Tomás Rioseco descubre en un periódico el nombre de Jonás Bracamonte, desaparecido de su vida desde hace décadas, algo vuelve a ponerse en movimiento. Jonás, heredero de una antigua fábrica de hielo del puerto y ahora investigador acústico en la Antártida, ha dedicado su vida a sondear lo invisible: lo que yace bajo el hielo, lo que sólo sobrevive como eco.

Desde la casa en ruinas que ha custodiado durante años, Tomás reconstruye una historia de infancia compartida, galerías subterráneas, jerarquías familiares, pérdidas irreparables y silencios cuidadosamente administrados. La aparición de Mila Ferrer, el amor decisivo de Jonás, y el hallazgo de unas cartas ocultas durante décadas revelarán hasta qué punto toda una vida puede quedar definida por un desencuentro.

Con una prosa íntima y melancólica, *Bajo la capa de hielo* explora la memoria, la culpa, la diferencia de clase y la persistencia de lo perdido, en una novela donde el agua, el hielo y el sonido guardan aquello que los personajes no pudieron decirse a tiempo.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.

Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.

Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Bajo la capa de hielo

Capítulo 1 — Canto de vísperas

Un motor diésel bajo cubierta, muy lejos.

Encontré su nombre en un periódico del martes, en la sección que nadie lee, entre anuncios de subastas judiciales y avisos de fallecimiento. No buscaba nada. Hacía meses que no buscaba nada. Pero ahí estaba: *Expedición LISST-7, cartografía del lecho subglacial Amundsen-Bellingshausen*, y entre los nombres técnicos, en una lista que parecía inventada para no ser leída, aparecía el suyo. Jonás Bracamonte. Biólogo acústico. Especialista en grabación de campo.

Tenía sesenta años, yo. Sesenta y él cincuenta y cuatro. La misma diferencia de siempre, seis años que se habían vuelto irrelevantes y que ahora, de pronto, volvían a importar.

Busqué el vídeo que el artículo mencionaba. Lo encontré en una plataforma noruega, cargó con la lentitud de los archivos que nadie solicita. Una panorámica lenta sobre placas de hielo agrietado, un gris azulado que no terminaba de ser color. La cámara se movía sobre la fractura como quien acaricia una cicatriz. Entonces escuché su voz —no la esperaba, no había leído con atención—, una voz de hombre medio, sin el timbre de antes ni la delgadez de después, diciendo algo sobre la densidad del sustrato, sobre ecos que tardaban siglos en volver. No entendí los términos. Pero reconocí la pausa entre palabras, esa hesitación que siempre parecía escuchar algo más importante que lo que estaba diciendo.

Apagué la pantalla. La casa se quedó en silencio, el silencio particular de esta casa, que no es ausencia de ruido sino presencia de algo que dejó de funcionar hace tiempo.

La fábrica de hielo de los Bracamonte ocupaba media manzana junto al puerto viejo. La casa, la otra mitad. Mi padre fue mecánico de las máquinas de compresión desde 1967 hasta que el cáncer se lo llevó en 1995, y yo fui primero el niño que traía el almuerzo, luego el muchacho que ayudaba en los registros, finalmente —después de que Jonás se fuera, después de que don Aurelio muriera, después de que las deudas se comieran la fábrica y quedara solo la casa— el administrador, el mayordomo, el hijo suplente que nunca pidió serlo.

Ahora la casa es mía en todo excepto en título. Los Bracamonte murieron todos o se fueron. Quedo yo, con las llaves, con las facturas, con el olor a salmuera que nunca se ha ido del sótano aunque las cámaras frigoríficas llevan treinta años apagadas.

Hoy es agosto de 2026. Afuera, el verano se deshace en calor húmedo, en esa luz blanquecina del puerto que parece reflejarse en algo que ya no está. Dentro, mantengo las ventanas cerradas por las moscas y por costumbre. El aire acondicionado del salón funciona a ratos, con un zumbido de enfermo terminal. Me siento en el escritorio de caoba que fue de don Aurelio, que fue de Elvira, que ahora es de nadie, y pienso en Jonás bajo el hielo de la Antártida, midiendo lo que no puede verse.

La memoria es un instrumento defectuoso. Lo sé. He leído suficiente para saberlo, y he vivido bastante para comprobarlo. Pero es el único instrumento que tengo. No tengo sus cartas —las quemó Elvira, o las perdió el agua, o nunca existieron— ni sus grabaciones, salvo una cinta que llegó hace tres semanas en un paquete sin remitente, que aún no he escuchado. Tengo solo esto: lo que vi, lo que oí, lo que me contaron mal. Una cartografía por sondeo, como la suya. Como quien

palpa un cuerpo en la oscuridad y tiene que decidir si es un cadáver o un continente.
Empiezo aquí porque aquí es donde empieza todo, aunque no sea verdad. Empiezo con el motor diésel que escuché en el vídeo, con el hielo que cruje bajo una quilla que no veo. Empiezo con la sospecha de que Jonás Bracamonte pasó cuarenta años huyendo de esta casa para terminar haciendo exactamente lo mismo: sondear lo que hay debajo, medir lo que no se puede ver, registrar el eco de algo que se movió hace mucho y ya no se mueve.
La ironía no me escapa. Pero la ironía es el lujo de quien cuenta, no de quien vivió.

Capítulo 2 — La fábrica

Bloques de hielo deslizándose por una rampa de madera.
Mi padre me enseñó a entrar por la puerta de servicio antes de que supiera que había otra puerta. Era 1979, yo tenía trece años, llevaba el almuerzo en una lonchera de aluminio abollada: dos emparedados de mortadela, una manzana, el termo de café que mamá llenaba a las seis de la mañana. La puerta de servicio daba a un corredor de cemento donde el olor a salmuera —el líquido que usaban para enfriar las cámaras— se mezclaba con el detergente que las empleadas usaban en los baños de arriba.
Las reglas eran simples y no escritas. No pisar las alfombras del pasillo principal. No tocar la vajilla del aparador del comedor, que era de Limoges y se lavaba una vez al año, en noviembre, antes de la cena de Acción de Gracias que los Bracamonte daban por alguna razón que nadie recordaba. No hablar con Elvira Bracamonte a menos que ella hablara primero, y cuando hablaba —*Buenos días, Tomás, qué día más*

agradable, tu padre está bien— responder con la misma cantidad exacta de palabras, ni una más, porque la cortesía de Elvira era una balanza y cualquier exceso se convertía en deuda.

Mi padre estaba en el sótano, entre los compresores. Recuerdo el ruido de aquellas máquinas, un zumbido que entraba por los pies y subía hasta los dientes, que hacía imposible hablar sin gritar. Él me veía llegar, asentía, seguía trabajando. Yo me sentaba en un cajón de madera vacío y comía mirando los medidores de presión, los tubos de cobre sudados, el movimiento constante de un líquido que nunca era agua del todo.

Fue ahí donde Jonás me encontró la primera vez. O yo a él. La distinción importa, aunque nunca supe cuál era la correcta.

Tenía nueve años, usaba un pantalón corto de pana y una camisa que parecía de adulto reducido, con un cuello que le quedaba flojo. Llevaba un frasco de vidrio con tapa rosca. Dentro, un grillo. Lo sostenía a la altura de los ojos, como quien sostiene una lámpara en la oscuridad.

—Escucha —dijo. No *hola*, no *quién eres*. *Escucha*.

Me acerqué. El grillo cantaba, claro, pero había algo más: un zumbido de fondo, una frecuencia que no sabía que existía hasta que dejó de existir cuando Jonás destapó el frasco y el grillo saltó al suelo y desapareció entre las tuberías.

—Se asustó —dijo Jonás, sin parecer molesto.

—Usted lo asustó —respondí, porque ya había aprendido que en esta casa todo error era atribuible a alguien.

—Sí. Pero escuchaste.

No era una pregunta. Me miró con una intensidad que no supe interpretar: ¿examen? ¿súplica? ¿simple curiosidad de niño que no tiene con quién jugar? Años después entendí que era la mirada de alguien que

necesitaba testigo, que la observación solitaria no le bastaba, que el sonido no existía para él si nadie más lo registraba.

Mi padre apareció entonces, secándose las manos en un trapo que nunca estuvo limpio. Hizo una reverencia que me pareció excesiva —era un niño, ¿para qué reverencias?— y me ordenó, con una voz que no usaba nunca, que llevara al *señorito* Jonás a la cocina, que doña Elvira lo buscaba.

Jonás me miró. Yo miré el frasco vacío. En algún lugar, entre las tuberías, el grillo seguía cantando, o eso quise creer.

La cocina era territorio de doña Rosa, que había cocinado para los Bracamonte desde antes de que naciera Elvira y que los trataba a todos con la misma mezcla de afecto y desdén. Pero esa mañana no estaba. Estaba Elvira, midiendo el mundo en centímetros de decoro.

Recuerdo su postura: erguida junto a la mesa de pino, con una regla de madera en la mano, comprobando que el mantel individual estuviera exactamente paralelo al borde. Llevaba un vestido de flores que habría sido juvenil en otra mujer, en otro cuerpo, pero que en ella parecía uniforme. Tenía cuarenta años y la actitud de quien ha decidido que la juventud fue un error administrativo que no se repetirá.

—Jonás —dijo, sin levantar la vista—. Tu hermana pregunta por ti.

—Clara está durmiendo.

—Clara *debería* estar durmiendo. Lo cual no es lo mismo.

Entonces me vio. Su mirada no cambió, pero algo en ella se ajustó, como quien ajusta un termostato.

—Tú debes ser el hijo del mecánico.

—Sí, señora.

—Rioseco. Tu padre es buen trabajador. Los compresores no han fallado en tres años.
No supe si era elogio o advertencia. Ahora sé que era contabilidad: ella llevaba una cuenta mental de todo, de horas de trabajo, de eficiencia, de deudas que no se nombraban en voz alta pero que pesaban en los libros que don Aurelio revisaba cada noche hasta más tarde de lo necesario.
Jonás me tocó el codo —un gesto que entonces me pareció extraño, demasiado familiar— y salió de la cocina sin despedirse. Yo me quedé con el almuerzo de mi padre en las manos, sintiendo que había fallado en algo que no sabía que se me exigía.
Esa tarde, cuando mi padre terminó, subimos juntos por la rampa de carga. Los bloques de hielo ya no se movían por allí —la producción había bajado, el puerto usaba menos hielo, algo llamado "refrigeración mecánica" estaba llegando a los barcos— pero la rampa seguía ahí, de madera gastada, con surcos donde los trineos de hielo habían dejado su marca.
Mi padre se detuvo en lo alto. Miró hacia la casa, hacia las ventanas del segundo piso donde se movía una cortina.
—El niño te habló —dijo. No era pregunta.
—Sí.
—No le prometas nada. No le pidas nada. Los Bracamonte son... —buscó la palabra en el aire salado del puerto— ...deudas. Todo lo que tocan se convierte en deuda.
No entendí. Pero anoté la frase, como anotaba todo lo que mi padre decía, con la superstición de quien cree que las palabras de los padres son mapas que algún día habrá que seguir.
Esa noche, en casa, mamá preguntó cómo había ido el día. Dije que bien. No mencioné al niño del frasco vacío, ni a la mujer de la regla, ni al rumor de que los

compresores no fallaban en tres años. Mentí por primera vez por omisión, y la mentira me supo a entrada, a permiso, a territorio que no era mío pero que de algún modo ya me pertenecía.

Capítulo 3 — Terra incógnita

Goteo sobre piedra, con eco.

Lo que hay debajo de una casa siempre es más que cimientos. Lo aprendimos en el verano de 1982, cuando Jonás tenía doce años y yo dieciséis y todavía era posible creer que la diferencia de clase era una grieta que se podía saltar.

Había una trampilla en el sótano de la fábrica, detrás de un estante de repuestos oxidados. Mi padre la conocía, claro —todos los mecánicos la conocían— pero la trataba con la indiferencia de quien ve todos los días algo que no debe usarse. *Conduce a las galerías viejas*, dijo una vez, sin explicar qué eran las galerías viejas ni por qué estaban viejas.

Jonás y yo la encontramos por accidente, o eso creí entonces. Ahora sospecho que él la había estado buscando, que llevaba meses cartografiando la casa con algún instinto que yo no compartía, que la trampilla era su descubrimiento antes de ser el nuestro.

La levantamos con una palanca de hierro. Salió aire frío, no el frío de las cámaras activas sino algo más antiguo, más húmedo, con olor a piedra mojada y a algo que no supe identificar: moho, quizás, o el recuerdo del moho.

—Bajamos —dijo Jonás. No preguntó.

Llevábamos linternas de pilas grandes, las que usaba mi padre para revisar los compresores. La escalera de hierro tenía peldaños gastados, alguno doblado. Jonás bajó primero, con una seguridad que me irritó y me alivió a la vez. Yo fui detrás, contando los peldaños,

sintiendo cómo el aire se iba cerrando alrededor como una mano.
Abajo había un país.
Lo digo sin exageración. Las galerías de hielo de los Bracamonte —construidas en 1912, ampliadas en 1924, abandonadas parcialmente en 1956 cuando la nueva ala de cámaras frigoríficas las hizo redundantes — formaban un sistema de túneles, cámaras, pasillos de piedra y ladrillo que se extendía bajo toda la manzana. Algunas cámaras aún conservaban hielo, bloques azulados que brillaban bajo la luz de las linternas con una luminosidad que no parecía natural. Otras estaban vacías, con el suelo de piedra agrietado por el hielo que se había ido. En el centro, donde el sistema era más antiguo, había un lago de filtración: agua estancada que recibía el goteo constante de tuberías oxidadas, de grietas en el techo de piedra, de algún lugar más alto que no alcanzamos a ver.
Jonás se quedó quieto en el borde del lago. Su linterna trazaba círculos en la oscuridad, capturando el goteo, el reflejo, la forma irregular de las paredes.
—Aquí no ha estado nadie en años —dije, porque necesitaba decir algo.
—Mi abuelo sí. Mi bisabuelo construyó esto. —Su voz sonaba diferente, amplificada por el eco, más grave de lo que era—. Mi padre no. Mi padre solo mira los libros de cuentas.
Fue la primera vez que escuché desprecio en su voz, dirigido hacia don Aurelio. La noté como se nota un cambio de temperatura: imperceptible en sí mismo, decisivo en sus consecuencias.
Ese verano inventamos un sistema. Los capítulos impares del año —junio, agosto— los dedicábamos a la exploración. Los pares —julio, septiembre— a la cartografía. Jonás dibujaba los mapas con lápiz 2B en hojas de cuaderno que luego guardaba en una caja de

metal de galletas danesas. Yo llevaba el registro escrito: temperaturas aproximadas, tiempos de recorrido, descripciones de lo que encontrábamos. *Cámara 7*: bloques de hielo parcialmente derretidos, forma de delfín accidental. Temperatura: muy fría. Olores: salmuera, algo dulce que no identificamos. *Pasillo Este*: derrumbe parcial, acceso bloqueado. Se escucha agua correr detrás.
Lago Central: profundidad desconocida. El agua es negra bajo la luz. Se ven peces, o eso creemos. Jonás quiere pescar. No tenemos anzuelo.
La fantasía funcionaba como refugio. Le inventamos fauna —los *visones de hielo*, criaturas blancas que solo se veían de reojo; las *babosas de salmuera*, que dejaban rastros fosforescentes— y climas: la *temporada de resquebrajamientos*, cuando el hielo viejo crujía sin razón aparente; la *marea baja*, cuando el lago descendía y dejaba ver formaciones de sal en el fondo.
Clara se unió en el segundo verano. Tenía ocho años, una pierna más corta que la otra desde una poliomielitis mal curada, y una paciencia que ni Jonás ni yo poseíamos. Se sentaba en una caja de madera con una libreta más pequeña que las nuestras y escribía lo que ella llamaba *la crónica oficial*: quién dijo qué, quién se cayó, quién encontró qué. Su letra era precisa, infantil, con puntos en las *i* que parecían marcas de verificación.
—Eres la cronista oficial del país secreto —le dijo Jonás, y ella sonrió con una intensidad que me hizo mirar hacia otro lado.
Arriba, las cosas cambiaban sin que nosotros lo supiéramos. O sin que quisiéramos saberlo.
La primera cámara frigorífica se apagó en octubre de 1983. Mi padre lo mencionó en casa, una noche, con la voz que usaba para las cosas que no importaban lo

suficiente: *Cámara 3, fusible quemado, no vale la pena reparar*. Mamá asintió sin dejar de pelar papas. Yo anoté mentalmente que había una Cámara 3 arriba que correspondía a nuestra Cámara 7 abajo, y que la simetría me pareció hermosa y triste a la vez.

En 1984 se apagó la segunda. Don Aurelio empezó a llegar más tarde, a saludar menos, a pasar las noches en el despacho con las cortinas corridas. Elvira respondió con una intensificación de las reglas: la vajilla de Limoges se lavó dos veces ese año, la cena de Acción de Gracias se extendió a dieciocho invitados, la mayoría de los cuales no volvieron a aparecer.

Nosotros seguíamos bajando. El país secreto crecía con cada visita, o eso creíamos. En realidad, el agua del lago subía un centímetro por mes, y algún día alguien tendría que notarlo.

Capítulo 4 — Mila

Una radio del puerto, tres notas de guitarra desafinada.

Mila Ferrer apareció en el verano de 1987, cuando Jonás tenía diecisiete años y yo veintiuno y ya sabía que mi lugar en la casa de los Bracamonte tenía techo, paredes, y una puerta que se cerraba desde el otro lado.

Era del barrio del puerto, hija de un estibador que trabajaba en el muelle 4 y que llegaba a casa con el olor del salitre impregnado en la ropa, como mi padre llegaba con olor a salmuera. Vivían en una casa de chapa en la calle Serrano, a tres cuadras de donde yo crecí, aunque nunca la había visto antes —o no la recordaba, lo cual es casi lo mismo.

Jonás la encontró, o ella lo encontró, en una de esas tardes de invierno del puerto donde la niebla entra antes de que termine la tarde. Él estaba en el muelle,

con su grabadora de cassette —un Sony que le había regalado una tía de Buenos Aires, el único regalo útil que recibió en su vida—, registrando el sonido de las gaviotas, de las grúas, de los barcos que partían con motores que aún usaban hielo de la fábrica de su familia.

Ella se sentó a su lado sin preguntar. Llevaba una chaqueta de jean con parches de bandas que Jonás no conocía —más tarde supe que eran de rock nacional, de grupos que tocaban en bares donde la entrada costaba lo que él gastaba en una cena— y unos pantalones de cuero que a Elvira le habrían provocado un desmayo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Escuchar.

—Eso no se ve.

—No.

Ella se rio. Lo registró todo, Jonás me dijo después, con una mezcla de vergüenza y orgullo que no supe interpretar. La risa de Mila, en la cinta, era un sonido que cortaba el aire: no era bonita, era *eficaz*, una risa que hacía que quien la escuchara quisiera volver a provocarla.

Yo también la quise. Lo digo ahora porque entonces no lo dije, porque la competencia era tan desigual que ni siquiera se sentía como tal, porque amar a Mila Ferrer desde la distancia era la forma que tenía de no traicionar a Jonás y de no traicionarme a mí mismo. Pero la quise. La quise cuando la vi en la puerta de la fábrica, esperando a Jonás con una paciencia que no tenía con nadie más. La quise cuando me habló una vez, una sola, para pedirme fuego —yo no fumaba, pero llevaba encendedor por costumbre de mi padre— y me dijo *gracias, Tomás*, usando mi nombre como si lo conociera de antes, como si fuéramos de la misma clase, la misma calle, el mismo mundo.

Jonás la llevó a la casa una vez. Solo una. Elvira recibió con una cortesía tan perfecta que resultó obscena: el té en la taza correcta, las galletas en el plato correcto, la conversación reducida a observaciones sobre el clima que Mila respondía con monosílabas. Cuando se fueron —pronto, muy pronto— Elvira lavó las tazas tres veces, aunque no las habían usado.

—Esa chica —dijo, no a mí, a la taza— no tiene educación.

Quise decir que tenía otra educación, otra forma de estar, que el mundo de Elvira no era el único mundo. Pero era 1987, yo tenía veintiún años y aún le debía a esta casa el salario de mi padre, la salud de mi madre, la posibilidad de ser algo más que el hijo del mecánico. Callé, y en el silencio encontré la forma que tendría mi vida.

Jonás grababa todo. Gaviotas, grúas, el viento en los cables del puente, la risa de Mila, el ruido de su propia respiración cuando caminaba solo por las galerías de hielo —que aún visitábamos, aunque ya no cartografiábamos, aunque el agua del lago subía y nosotros fingíamos no notarlo.

Una tarde, en el muelle, Mila le pidió la grabadora. Él se la dio, confuso —nadie pedía la grabadora, era parte de su cuerpo, de su forma de ver— y ella cantó tres notas, desafinadas, de una canción que ninguno de los dos conocía. Luego devolvió el aparato.

—Para que no digas que no te dejé nada —dijo.

Él guardó esa cinta con una etiqueta que solo decía *M*, en mayúsculas, con un marcador negro. Yo la vi años después, entre sus cosas, cuando ya no importaba.

Este capítulo lo cuento peor que los otros. Lo sé. Se me nota el sesgo, la herida mal cerrada, el resentimiento de clase que nunca cicatrizó del todo. Mila Ferrer me habló una vez, me pidió fuego, dijo mi nombre. Jonás la tuvo, la perdió, la buscó en cada

mujer que vino después, en cada latitud que exploró. Yo me quedé en la casa, administrando lo que se derrumbaba, convirtiéndome en lo que mi padre fue y en lo que él nunca quiso que fuera.
La ironía no me escapa. Pero la ironía es el lujo de quien cuenta.

Capítulo 5 — La playa
Oleaje y niebla; una voz que llama un nombre dos veces.
La noche del 14 de septiembre de 1988, Jonás y Mila decidieron caminar por la playa en direcciones opuestas y encontrarse en el espigón. Era una prueba, un juego, una de esas pruebas de amor que inventan los jóvenes cuando el amor es demasiado grande para caber en palabras.
Jonás caminó hacia el norte. Mila hacia el sur. La playa era larga, recta, una franja de arena gris que el mar devoraba y devolvía con cada marea. Había niebla, esa niebla del puerto que no viene del mar sino de la tierra, que no se disipa con el sol sino que se instala como un inquilino que no paga renta.
Él caminó rápido, con la seguridad de quien sabe que el encuentro es inevitable. Contó los postes de luz, los botes varados, las huellas que no eran las suyas. En algún momento empezó a cantar, una canción de su banda favorita, con la voz que usaba cuando creía que nadie escuchaba.
Ella caminó más despacio. Llevaba zapatos que no eran para la arena, una chaqueta de cuero que el viento mojaba. En algún momento se detuvo a recoger una concha, algo que la retrasó lo suficiente para que la niebla se cerrara entre ellos.
El espigón estaba vacío cuando Jonás llegó. Esperó. La niebla se espesó. Escuchó el mar, sus propios

pasos, el latido de algo que no sabía que era miedo. Llamó su nombre. Dos veces. *Mila. Mila.* La voz se perdió en la humedad sin respuesta.

Nunca se encontraron.

Ella se fue del país a la semana siguiente. No a la ciudad, no a la provincia: al extranjero, a un lugar que Jonás nunca supo exactamente, un nombre que cambiaba en cada versión —Alemania, Holanda, un pueblo cerca de Bruselas—. Sus cartas llegaron durante un mes, dos, con fechas que saltaban, con una letra que se volvía más pequeña, más apretada, como quien escribe en un espacio que se reduce. Luego dejaron de llegar.

Jonás nunca supo si fue la niebla, si fue la distancia, si fue algo que él dijo o dejó de decir. Nunca supo si ella llegó al espigón y él no estaba, si lo esperó, si se fue antes, si la niebla se tragó dos encuentros en lugar de uno. La incertidumbre se convirtió en obsesión, la obsesión en método: pasó años midiendo distancias, tiempos de reacción, la velocidad del sonido en diferentes temperaturas, como si la física pudiera explicar por qué dos personas que caminan hacia el mismo punto pueden no encontrarse nunca.

Ese mismo otoño murió don Aurelio. Fue un martes, o un miércoles, una de esas fechas que no se recuerdan porque están cubiertas por otras. Apareció en el despacho, con los libros de cuentas abiertos, con una pluma en la mano que aún tenía tinta. El corazón, dijeron después. O el hígado, o el miedo, o la suma de deudas que pesaba más que cualquier órgano.

Elvira lo recibió con la misma cortesía perfecta que usaba para todo: el funeral fue correcto, las condolencias fueron adecuadas, el luto fue del color y duración precisos. Pero esa noche, cuando todos se fueron, la escuché en el pasillo, hablando sola con una voz que no reconocí:

—Ahora sí, ahora veremos.
Lo que vimos fue el naufragio. Las deudas don Aurelio había ocultado bajo capas de papeleo, de renegociaciones, de promesas a proveedores que ya no creían en nada. La fábrica de hielo, que en 1912 había abastecido a Media América, que en 1945 había sobrevivido a una quiebra y una epidemia de tifus, que en 1960 aún empleaba a cuarenta hombres, resultó ser un cascarón de cosa viva. Se vendió el terreno del muelle. Se vendieron dos parcelas de la casa. Se vendió, por último, la marca *—Bracamonte, Hielo desde 1897—* a una multinacional de bebidas que la usaría en anuncios de gaseosas refrescantes.
Jonás no estuvo en las firmas. Apareció en el funeral, habló con los abogados, firmó donde le indicaron. Luego desapareció de nuevo, hacia su último año de secundaria, hacia una universidad que no sabíamos que había solicitado, hacia una beca en una ciudad que pronunciaba con el acento de quien ya ha vivido allí en sus sueños.
Dos pérdidas superpuestas. Así las conté entonces, así las cuento ahora: Mila y la fábrica, la que se fue y la que se desmoronó, la que no volvió y la que no se pudo salvar. Jonás nunca logró separarlas. Yo tampoco, aunque sólo una de las dos era mía.

Capítulo 6 — Anamnesia
La cinta transportadora de equipajes de un aeropuerto, un ruido que nunca termina de empezar.
1991.Jonás se fue. Tomás se quedó. Lo cuento así, en tercera persona, porque en estos años fui más espectador que actor, porque no pretendo omnisciencia donde sólo tuve postal, rumor, el artículo de periódico que alguien dejó sobre la mesa de la cocina.

Berlín primero. Una foto: Jonás ante un muro que ya no era muro, con una chaqueta que no le había visto antes, con el pelo más largo y la mirada igual —esa de quien escucha algo más importante que lo que dice—. Luego Londres, un recorte de periódico en inglés que traduje con diccionario: *doctoral candidate in acoustics*, *field recordings of urban migration*. Luego nada, luego Oslo, luego una banda —*The Tectonics*, llamaban, un sonido que nunca escuché, algo entre ambient y jazz que según las críticas *exploraba los espacios entre el ruido y el silencio*.

Nunca fue famoso. Eso lo sé, o lo deduzco de la ausencia: no hay biografías, no hay documentales, no hay el rastro digital que deja quien importa. Hubo una mujer en Oslo, o dos. Hubo un apartamento con vistas a un fiordo que apareció en una postal de 2003, enviada sin mensaje, sólo el nombre de él y una fecha. Hubo, siempre, el trabajo: grabar el sonido de glaciares que retrocedían, de ciudades que cambiaban de idioma, de trenes que atravesaban túneles bajo el mar. Yo estaba aquí. Lo digo no como queja, sino como constatación, como quien anota la temperatura. Mi padre murió en 1995, del mismo cáncer que don Aurelio, con la misma velocidad que sorprende sólo a quien no ha estado atento. Mamá lo sobrevivió dos años, luego un derrame cerebral la llevó antes de que aprendiera a estar sola. Quedé yo, con las llaves de la casa, con el empleo que ya no tenía empleador, con la tarea de mantener en pie algo que nadie había pedido que se mantuviera.

En 1997 contraté a un albañil para tapiar la trampilla del sótano de la fábrica. El agua del lago subía, los informes de inspección municipal eran cada vez más insistentes, y yo no tenía fuerzas para bajar. El albañil —un joven que no había conocido la época de los hielos, para quien la fábrica era ruina antes que historia

— me miró con la compasión de quien ve a un anciano antes de tiempo.
—¿Seguro que no quiere echar una última mirada?
Seguro. No bajé. No miré. Tapié, y en el acto de tapiar sellé algo que no supe nombrar.
Ahora, en agosto de 2026, recorro los cuartos que cerré entonces. El despacho de don Aurelio, con los libros que nadie reclamó. El cuarto de Clara, que usó como trastero durante años y que ahora huele a nada, a polvo que ya no recuerda de qué fue polvo. El salón principal, donde la vajilla de Limoges sigue en el aparador, donde el mantel individual que Elvira alineó con regla sigue, supongo, en el mismo milímetro, porque nadie lo ha movido.
El aire acondicionado funciona a ratos. El zumbido es el mismo que el de los compresores, o lo suficientemente parecido para que mi memoria —ese instrumento defectuoso— lo confunda. Me siento en el escritorio de caoba y pienso en Jonás en algún aeropuerto, esperando una maleta que gira en la cinta transportadora, esperando un vuelo que lo lleve a otro lugar donde grabar lo que se pierde.
El aislamiento del que se fue y el del que se quedado resultan ser la misma temperatura. Eso lo entiendo ahora, demasiado tarde para servir de algo. Ambos sondeábamos lo mismo: él con micrófonos, yo con la rutina. Ambos registrábamos el eco de algo que ya no se movía.

Capítulo 7 — La casa que se derrite
Un termostato que se enciende y no llega a nada.
2006.Clara recibió el diagnóstico en marzo, en una consulta del hospital público donde la atendieron con la prisa de quien tiene demasiado que hacer. Degenerativo, dijeron. Progresivo, dijeron. No hay

tratamiento que detenga lo inevitable, sólo medicamentos que suavizan la pendiente. Ella escuchó, asintió, pidió una copia del informe para sus archivos. No llamó a su hermano. Me lo contó años después, en una de las noches en que hablábamos más de lo necesario, menos de lo suficiente.

—¿Para qué? —dijo—. Él estaba en Alaska, o en Svalbard, en algún lugar donde el frío es el punto. ¿Para qué interrumpir?

Nunca supe si era consideración o resentimiento. Con Clara, la distinción era difícil: había aprendido de Elvira la economía emocional, el cálculo de deudas que no se nombran.

Elvira, por su parte, envejecía defendiendo la mantelería como quien defiende una posición militar. La cena de Acción de Gracias —*que damos porque la abuela Clementina era norteamericana, aunque nadie recuerde quién era Clementina*— se extendió hasta 2009, con invitados cada vez más escasos, con conversaciones que giraban en torno a la temperatura de los salmorejos y el precio de la electricidad. En 2010 canceló la cena *por indisposición*, y en 2011 ya no mencionó la fecha. Pero las tazas de Limoges siguieron lavándose una vez al año, en noviembre, con un ritual que yo observaba desde la puerta de la cocina.

Yo pasé de empleado a administrador, de administrador a hijo suplente, de hijo suplente a rehén. No hay un momento preciso para cada transición. Fueron capas, como el hielo que se forma en una superficie que no deja de moverse. En 2003 firmé papeles que me daban *administración de facto* de la propiedad. En 2008 pagué la primera factura de luz a mi nombre. En 2012, cuando una tubería principal reventó en el segundo piso, llamé al plomero sin

consultar a nadie, sin pensar que quizás debía haber consultado.
Elvira murmuró algo cuando se enteró. —Esto no se hace así—, o —Tu padre no habría actuado así—, una frase que usaba para todo, que había perdido todo sentido concreto y funcionaba como muletilla de autoridad. No supe si se refería a mi padre o al suyo, a don Aurelio o a algún padre más remoto, más inventado.
En 2014 vendí la fábrica. O lo que quedaba de ella: el edificio, los terrenos del muelle, los derechos de una marca que ya no valía nada. El comprador fue un desarrollador inmobiliario que prometió *revitalizar la zona*, una frase que en el puerto significa condominios con vista al agua que nadie puede permitirse. Usé el dinero para operaciones de Clara, para adeudos de Elvira, para bombas de achique que ya no alcanzaban. Porque el agua subía. Lo sabía, lo sabía desde que tapié la trampilla en 1997, desde que el albañil me miró con compasión. Los informes municipales lo confirmaban: el nivel freático había cambiado, las bombas de las galerías viejas llevaban años sin mantenimiento, el sistema de drenaje colapsado en algún punto que nadie se atrevía a localizar. En 2015 una mancha apareció en el sótano de la casa, una humedad que no olía a salmuera pero que recordaba la salmuera, una presencia que no nombraba pero que reconocía.
Elvira murmuró, al verla: —El país secreto—. Fue la única vez que la escuché nombrarlo, la única vez que supe que ella sabía, que quizás siempre supo, que Jonás y Clara y yo habíamos tenido algo que ella no pudo tener y por eso no pudimos tenerlo del todo.

Capítulo 8 — Lo que había debajo

Una puerta metálica hinchada por la humedad.

2018. Elvira murió en junio, de un neumonía que la tomó en una semana, que la redujo a algo que ella habría considerado impropio. Jonás vino al funeral. Lo supe por la entrada de la casa, por el sonido de su maleta en el hall, antes de verlo. Tenía cincuenta y dos años y el mismo pantalón corto de pana, o eso quise ver, una versión adulta del niño del frasco vacío.

No nos abrazamos. Nos miramos, asentimos, subimos juntos a dejar su bolso en el cuarto de invitados. El silencio entre nosotros no era vacío: estaba lleno de todo lo que no habíamos dicho, de las cartas que no escribí, de las llamadas que no hice cuando supe dónde estaba, de las veces que pensé en buscarlo y no lo hice porque la casa me requería, porque Clara me requería, porque la cobardía también se disfraza de responsabilidad.

La noche después del entierro, Clara se durmió temprano, agotada por los analgésicos. Jonás y yo nos quedamos en el salón, con el aire acondicionado zumbando su muerte lenta. Hablamos de nada —del clima de Oslo, de la última operación de Clara— hasta que él dijo, de pronto:

—La trampilla. ¿Todavía está?

Asentí. No pregunté cómo sabía que estaba tapiada, cómo había llegado a esa pregunta después de décadas de no mencionar el país secreto. Quizás lo había soñado. Quizás lo había registrado en alguna grabación, algún sonido subterráneo captado accidentalmente en otro continente.

Fuimos al sótano de la fábrica —de lo que había sido la fábrica, ahora almacén de tesoros que nadie reclamaba. La tapiadura era visible, una mancha de cemento más claro que el resto. Jonás tocó la pared

con los dedos, con la misma intensidad de cuando sostenía el frasco del grillo.
—Aurélie —dijo. No supe si era un nombre, una palabra en otro idioma, un término técnico que había aprendido en alguna de sus latitudes.
Romper la tapiadura tomó una hora. Usé un martillo y una barreta que encontré entre los restos de la fábrica. Jonás no ayudó: se quedó quieto, escuchando cada golpe, con los ojos cerrados como quien afinaba un instrumento.
La trampilla se abrió. Salió aire, el mismo aire de 1982, el mismo olor de piedra mojada y algo más que no supe identificar. Bajamos con linternas —él con la suya, yo con una de pilas grandes como las de mi padre—, con agua hasta los tobillos antes de llegar al tercer peldaño.
El lago había crecido. Eso era evidente, visible: lo que había sido un borde definido ahora era una extensión que llegaba casi a la escalera, que subía por las paredes de las cámaras vecinas. Pero lo que nos detuvo no fue el agua. Fue lo que flotaba en ella, o en una repisa que el agua había alcanzado apenas: una caja de latón, del tamaño de una caja de zapatos, con etiquetas de correo que se habían borrado, sellos que se habían disuelto.
Jonás la abrió allí, con el agua en los tobillos, con la linterna entre los dientes. Dentro: treinta y una cartas, abiertas, con fechas que saltaban de 1988 a 1992, con una letra que se volvía más pequeña, más apretada. Cartas de Mila. Cartas que habían llegado, que alguien había abierto, que habían sido guardadas y ocultadas en el lugar más seguro que se le ocurrió a quien las ocultó.
Ni Jonás ni yo dijimos el nombre. No hacía falta.
Fue entonces cuando confesé. No por valor, sino por la geometría del momento: dos hombres de cincuenta

años con linternas y agua hasta los tobillos, en un país secreto que ya no era secreto ni país, enfrentados a una traición que no era mía pero que yo había permitido.

—Supe de la caja —dije—. Hace años. Un inspector municipal, en el 2009, encontró indicios de humedad bajo la casa. Contraté a alguien para revisar las galerías. Vieron la caja, me describieron el contenido. No dije nada.

Jonás no me miró. Siguió leyendo, o haciendo como que leía, porque la luz de la linterna no era suficiente y el agua manchaba el papel.

—¿Por qué? —dijo, al final. No era acusación. Era curiosidad técnica, la pregunta que haría sobre la velocidad del sonido o la densidad del hielo.

—Por lealtad —respondí. Y luego, porque la mentira ya no servía: —Porque me pagaban. Porque era lo que hacía. Porque si te lo decía, si rompía esa pared, ya no tenía excusa para estar aquí.

Asintió. Siguió leyendo. En algún momento guardó las cartas en la caja, cerró la tapa, se puso de pie con la dificultad de quien ha estado demasiado tiempo en una posición incómoda.

—Subamos —dijo—. El agua sube.

Subimos. No volvimos a mencionar la caja, ni esa noche ni en los días que siguieron, hasta que Jonás se fue de nuevo, a su trabajo, a sus latitudes. Guardó las cartas en su equipaje de mano, la única maleta que no facturó. En el aeropuerto me dio un abrazo breve, funcional, el de quien ya no sabe qué cuerpo tiene el otro.

—Cuida a Clara —dijo. Como si no lo supiera ya. Como si ese cuidado no fuera la única razón que me quedaba.

Capítulo 9 — El país secreto

Hielo que cruje bajo el casco, a estribor.

Diciembre de 2025. Jonás embarcó en el *LISST-7*, un buque noruego de investigación polar que partió de Ushuaia con destino al sector Amundsen-Bellingshausen. Lo supe por el artículo del martes, por el vídeo que cargó con lentitud en mi pantalla, por la voz que escuché diciendo algo sobre la densidad del sustrato, sobre ecos que tardaban siglos en volver.

Me mandó cosas. Archivos de audio, principalmente, que recibía en correos electrónicos con asuntos técnicos —*datos preliminares, transecta 4B*— y cuerpo vacío. Los escuchaba en el salón, con el aire acondicionado zumbando su muerte, mientras Clara dormía en el cuarto de arriba.

El viento en la cubierta, diferente del viento del puerto: más seco, más cortante, un sonido que no tenía edificios que lo reflejara. El crujido del hielo, que él describía en notas adjuntas como *eventos de desintegración, frecuencias graves que indican fractura subsuperficial*. La voz de algún compañero de expedición, noruego o danés, dando coordenadas que no significaban nada para mí. Y entre todo, la voz de Jonás, registrándolo todo, con la pausa entre palabras que reconocí, que siempre reconoceré.

En tierra, Clara entraba en su última fase. Lo sabíamos, ella más que nadie: había dejado de pedir los analgésicos más fuertes, había empezado a hablar de *comodidad* con una precisión que me recordaba a Elvira. Yo la acompañaba, le ponía las grabaciones que Jonás enviaba, el viento antártico en un dormitorio con radiador que no alcanzaba.

—Suena lejos —dijo, una tarde. No era queja. Era constatación, la misma que yo hacía en el salón.

—Está lejos.

—No me refiero a la distancia.
No pregunté a qué se refería. Clara tenía esa forma de hablar, heredada de su madre, de su abuela, de toda la línea de mujeres que habían midido el mundo en centímetros de decoro: decir lo justo, dejar que el interlocutor completara el resto.
Murió en enero de 2026, sin avisar a Jonás. Mi decisión, impropia quizás, pero ejecutada antes de que pudiera discutirla conmigo mismo: ella no había querido interrumpirlo en 2006, ¿por qué interrumpir ahora? Enterré la noticia en correos que no envié, en llamadas que no hice. Jonás siguió enviando archivos de audio, ahora menos frecuentes, ahora con una voz más delgada, más cansada, que describía cañones subglaciales, lagos enterrados, relieves que no habían visto luz en millones de años.
Su vocación de toda la vida, entendí entonces, era una sola obsesión con dos nombres. Sondear lo que hay debajo, medir lo que no se puede ver, registrar el eco de algo que se movió hace mucho. El hielo antártico, la niebla del puerto, Mila caminando hacia el sur mientras él caminaba hacia el norte. Todo el mismo mapa, todo la misma pregunta sin respuesta.
La ciencia mide cuánto va a subir el mar. Nadie mide esto: el peso de los años en una casa que se derrite, el sonido de una voz que habla de ecos mientras habla de otra cosa, la temperatura exacta del aislamiento compartido por quien se fue y quien se quedó.

Capítulo 10 — Tú y tu perro
Arena. Un perro que se aleja. Ninguna palabra durante once segundos.
Agosto de 2026. La casa está vacía en un sentido que no tiene que ver con los muebles. Queda yo, con las llaves que nadie reclamará, con las facturas que nadie

pagará, con el olor a salmuera que nunca se fue del sótano aunque las cámaras frigoríficas llevan treinta años apagadas.

Llegó el paquete el martes pasado, el mismo día del artículo del periódico. Sin remitente, con sello postal borroso —un matasellos que podía ser de Oslo, o de Amberes, o de cualquier oficina del mundo donde la tinta se corre igual—, y con mi nombre completo escrito en una letra pequeña, apretada, que no era la de Jonás y que se le parecía demasiado.

El artículo ocupaba media columna en la página de regionales. Decía que Jonás Bracamonte, cincuenta y nueve años, investigador en acústica ambiental, había muerto en abril a bordo de un buque noruego, de un paro cardíaco, frente a una costa que el periódico no supo escribir bien. Decía «heredero de la histórica fábrica de hielo del puerto». Eso fue todo: un hombre que pasó cuarenta años grabando el sonido de lo que desaparece, resumido en el negocio de su bisabuelo. En 1912 abastecíamos a media América. En 2026 servimos de pie de foto.

No abrí el paquete hasta el viernes. Tres días con la caja sobre el escritorio de caoba, mirándola como se mira una pared que uno mismo levantó. Soy el hombre que tapió una trampilla y tardó veintiocho años en volver a bajar; el retraso, a estas alturas, es una forma de carácter.

Dentro había una grabadora de campo, negra, gastada en los cantos, con un trozo de cinta aislante en una esquina donde alguien había reparado algo hacía mucho. Dentro de la grabadora, un casete. Y una tarjeta con una fecha, unas coordenadas y una sola línea escrita en un español correcto y ajeno, de los que se aprenden en aulas:

—Él quería que usted lo tuviera. A.

Aurélie. La palabra que dijo con los dedos en el cemento, la que no supe si era un nombre, un idioma o un término técnico. Podría haber buscado. Podría haber escrito al remitente que no existía, haber llamado a un colegio de Bruselas, haber preguntado por una mujer que sabe deletrear mi apellido. No lo hice. Hay preguntas que uno tapia, y yo aprendí ese oficio antes que ningún otro.

Las coordenadas no eran antárticas. Las busqué en un mapa que tardó en cargar, y el punto cayó donde yo sabía que iba a caer: trescientos metros al norte del espigón, en la franja de arena gris que el mar devora y devuelve. La fecha era la de la mañana siguiente al día en que rompimos la tapiadura. Mientras yo dormía, mientras Clara dormía, él bajó a la playa con una grabadora y trabajó.

Apagué el aire acondicionado. Fue la primera vez en años; el silencio que quedó tenía una forma rara, como un mueble que se retira y deja su marca en el suelo. Después apreté la tecla.

Primero el mar, que no suena como uno recuerda: no hay ritmo, no hay olas contables, hay una masa continua de la que a veces se desprende un golpe. Luego el viento rozando el micrófono, y una tela —una manga, un cuello— frotando la carcasa. Luego pasos en arena, que no son pasos: la tierra devuelve la pisada, la arena se la traga. Se oye a un hombre desplazarse por un lugar que no le contesta.

Después, lejos, un perro. Y alguien que lo llama con un silbido de dos notas, la segunda más alta, y el perro que no obedece, que se aleja hacia el norte, sus patas cada vez más pequeñas en la grabación, hasta que quedan por debajo del mar y desaparecen.

Y luego once segundos en los que no ocurre nada. Los medí. Tres veces, con el segundero del reloj de mi padre, ese que sigo dando cuerda los domingos

porque alguien tiene que hacerlo: once, once, once. No es silencio —nunca hay silencio, él me lo explicó a los nueve años con un frasco vacío en la mano, esperando que algo sonara dentro—, es el mundo funcionando sin que nadie lo interrumpa. Es una playa a las seis de la mañana, con niebla, sin acontecimientos.

En el segundo doce empezó a cantar.

La misma canción de la banda de 1988, la de la voz que usaba cuando creía que nadie escuchaba. Desafinada, baja, tres versos y medio antes de perder la letra, con esa pausa suya entre palabra y palabra que reconocí y que reconoceré siempre. Y comprendí, ahí, en un salón con la vajilla de Limoges intacta en el aparador, que Jonás no cantaba para cantar. Cantaba para medir. Emitía un sonido y esperaba a ver qué le devolvía el aire. Lo hizo toda su vida: en el sótano inundado, en un muro que ya no era muro, bajo un glaciar que se rompía en frecuencias graves. Un hombre que gritaba hacia abajo y cronometraba el eco.

La cinta sigue un poco más. El mar, el viento, la tela. Y al final, cuando ya no queda nada que grabar, dice mi nombre.

Tomás. Tomás.

Dos veces, como aquella noche. No es una llamada desde la playa: es una llamada hacia una casa, a mil kilómetros y treinta y ocho años de distancia, hecha por un hombre que sabía que yo estaría escuchando y que no iba a explicármelo, porque nunca explicó nada, porque explicar es de gente que no confía en el eco.

Contesté. En voz alta, en un salón vacío, con un aparato de plástico en las manos, contesté. Nadie me oyó, y eso, a estas alturas, ya no me parece un argumento en contra.

El agua sigue subiendo. Los informes municipales lo dicen con las palabras de siempre, nivel freático, colapso del drenaje, y los otros informes, los grandes,

dicen cuántos centímetros tendrá el mar en 2050 y con qué margen de error. Todo eso está medido. Nadie mide lo otro: el peso de una casa que se derrite sobre un solo hombre, la temperatura exacta del aislamiento compartido, los años que caben entre una pregunta y su respuesta.

No volví a tapiar la trampilla. Está abierta, y por las noches sube desde ahí un aire de piedra mojada y salmuera que ya no me molesta, que es lo más parecido a compañía que tiene esta casa. El país secreto se está quedando sin país. Dentro de unos años el agua alcanzará el primer peldaño, después el sótano de la casa, después la vajilla, y alguien —un desarrollador, un inspector, un albañil joven para quien todo esto será ruina antes que historia— vendrá a decidir qué se hace con lo que quede.

Mientras tanto, casi todas las madrugadas pongo la cinta. Llego a los once segundos y aprieto pausa. Ahí no hay nada: arena, niebla, un perro que se va. Ahí está todo: dos personas caminando hacia el mismo punto en direcciones opuestas, un nombre que todavía no se ha dicho, la posibilidad intacta de que esta vez sí. Después quito la pausa. Él dice mi nombre. Dos veces. Y esta vez yo estoy en el espigón.

FIN